



dominicos

Mar
26
Jul
2016

Evangelio del día

Decimoséptima semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Joaquín y Santa Ana (26 de Julio)

“El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre, y el campo es el mundo”

Primera lectura

Lectura del profeta Jeremías 14, 17-22

Mis ojos se deshacen en lágrimas,
de día y de noche no cesan:
por la terrible desgracia que padece
la doncella, hija de mi pueblo,
una herida de fuertes dolores.
Salgo al campo: muertos a espada;
entro en la ciudad: desfallecidos de hambre;
tanto el profeta como el sacerdote
vagan sin sentido por el país.
¿Por qué has rechazado del todo a Judá?
¿Tiene asco tu garganta de Sion?
¿Por qué nos has herido sin remedio?
Se espera la paz, y no hay bienestar,
al tiempo de la cura sucede la turbación.
Reconocemos, Señor, nuestra impiedad,
la culpa de nuestros padres,
porque pecamos contra ti.
No nos rechaces, por tu nombre,
no desprestigies tu trono glorioso;
recuerda y no rompas tu alianza con nosotros.
¿Tienen los gentiles ídolos de la lluvia?
¿Dan los cielos de por sí los aguaceros?
¿No eres tú, Señor, Dios nuestro;
tú, que eres nuestra esperanza,
porque tú lo hiciste todo?

Salmo de hoy

Sal 78, 8. 9. 11 y 13 R/. Por el honor de tu nombre líbranos, Señor.

No recuerdes contra nosotros las culpas
de nuestros padres;
que tu compasión nos alcance pronto,
pues estamos agotados. R/.

Socórrenos, Dios, Salvador nuestro,
por el honor de tu nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados
a causa de tu nombre. R/.

Llegue a tu presencia el gemido del cautivo:
con tu brazo poderoso, salva a los condenados a muerte.
Nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño,
te daremos gracias siempre,
cantaremos tus alabanzas de generación en generación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 36-43

En aquel tiempo, Jesús dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle:

«Explicanos la parábola de la cizaña en el campo». Él les contestó:

«El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el final de los tiempos y los segadores los ángeles.

Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego, así será al final de los tiempos: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

Reflexión del Evangelio de hoy

Profetas de Esperanza

“Tú eres nuestra esperanza, porque tú lo hiciste todo”, nos dice hoy el profeta Jeremías. Es la más pura confesión de fe, justo después de relatar las innumerables desgracias en que se ve hundido el pueblo de Israel. “Salgo al campo, muertos a espada; entro en la ciudad, desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país”. Parece que la esperanza no es posible: “se espera la paz, y no hay bienestar...”. Y el grito desesperado del profeta: “Recuerda, y no rompas tu alianza con nosotros”.

En lo más hondo de cada uno de nosotros brotan preguntas vitales: ¿es posible la esperanza? ¿qué esperamos? ¿en qué o en quién ponemos nuestra esperanza? La superficialidad de la vida cotidiana no puede acallar esas cuestiones de fondo, porque van a la raíz del sentido de la vida. Nos viene grande muchas veces preguntarnos y respondernos sinceramente: ¿qué es lo más valioso para mí? ¿por qué y para quién vivo y soy capaz incluso de morir? Si nos asomamos a nuestro interior y sólo encontramos abismo por el vacío que lo llena, sólo nos queda aferrarnos a nuestras cadenas para no perecer con el vértigo que nos haría precipitarnos.

Dios es nuestra esperanza. Es fácil decirlo e incluso convencernos de que lo creemos. Pero traducirlo en el día a día, llenar nuestro interior con esa certeza y vivir en esa confianza, sólo es posible en la experiencia personal de encuentro con Él. Es sencillo, sólo dejar que su amor vaya transformando y llenando de sentido nuestro estilo de vida, nuestra capacidad de amar, nuestras luchas e ilusiones, nuestros sueños. Y la esperanza brotará y se hará posible.

Predicadores de la Gracia

¡Qué bonito y gratificante es anunciar gracias y no desgracias! La realidad es la que es, con toda la gama de colores imaginable y para todos los gustos... ¡y disgustos! Se cuenta que unos esposos, ya mayores, vivían cerca del cementerio de su pueblo. Cada vez que pasaba un cortejo fúnebre la mujer criticaba con su marido los muchos defectos del finado o finada de turno. Y el marido siempre tenía algo bueno que decir de esa persona, lo cual exasperaba a la esposa que tenía que darle la razón. Un día se enterró una persona muy muy malvada, la mujer casi no acababa de hablar enumerando los innumerables defectos y maldades del difunto. Y el marido, con esa paciencia infinita con que la amaba y escuchaba, le dijo: “¡Y lo bien que silbaba!”.

Los cristianos hemos de hacer de nuestros espacios de vida y de fe, lugares de encuentro donde todos tengan cabida y se les permita germinar y crecer y dar su fruto. A Dios corresponde juzgar el interior de cada uno, y es el primero en amarnos, perdonarnos y animarnos a recomenzar siempre. Nuestro mundo no es una película rosa, de buenos y malos. Nuestro mundo es el campo donde Dios planta cada mañana sus semillas y las cuida con mimo y detalle para que den lo mejor de sí mismas.

La esencia de la dignidad del ser humano está en esa bondad y belleza que Dios ha puesto en él. La Gracia que permite ese florecer está en hacer posible la esperanza. Porque creemos en un Dios todopoderoso, no por su poder y fuerza, sino por su inagotable e indestructible amor. El sólo quiere nuestro bien, pero el bien para todos. No en vano un principio fundamental de la doctrina social de la Iglesia es el bien común. Cuidemos la mies y demos buenos frutos, y ya el segador se ocupará de la cizaña.

Hoy celebramos la memoria de dos personas entrañables: Joaquín y Ana. Cuántos son los padres, abuelos, que van sembrando precisamente esas buenas semillas que hacen posible tantas y tantas buenas personas, trigo de calidad. Son los sembradores de esperanza y de futuro, un futuro para todos. Un homenaje y recuerdo grato a todos.



Hna. Águeda Mariño Rico O.P.
Congregación de Santo Domingo

Hoy es: San Joaquín y Santa Ana (26 de Julio)

San Joaquín y Santa Ana

En su carta encíclica *Redemptoris Mater*, el papa Juan Pablo II ha escrito que «la presencia de María en medio de Israel, tan discreta que pasó casi inadvertida a los ojos de sus contemporáneos, resplandecía claramente ante el Eterno, el cual había asociado a esta desconocida Hija de Sión al plan salvífico, que abarca toda la historia de la humanidad».

La vida discreta de María había de compaginarse con el silencio sobre sus antepasados. Sin embargo, la liturgia de la Iglesia parece intentar penetrar en ese silencio, no tanto para satisfacer nuestra curiosidad cuanto para darnos ocasión para celebrar los planes de Dios sobre la historia humana, que se había de convertir en una historia redimida.

De hecho, la antifona de entrada que se canta al inicio de la Eucaristía de hoy nos introduce en una celebración marcada por el signo de la alegría: «Alabemos a Joaquín y a Ana por su hija; en ella les dio el Señor la bendición de todos los pueblos». Los protagonistas son los padres, pero el objeto de la alabanza es la providencia divina que, en María, prepara los caminos para la llegada del Salvador.

Procedentes de Galilea, se habrían trasladado pronto a Jerusalén donde vivirían en una casa cercana a la piscina Probática (o estanque de las ovejas), en la que Jesús curó a un hombre paralítico (In 5, 2). La actual iglesia de Santa Ana trata de evocar aquella tradición, aunque es cierto que subsiste también otra tradición que sitúa la vivienda de los padres de María precisamente en Séforis (Galilea).

La leyenda apócrifa se detiene en numerosos detalles anecdóticos. Así se complace en subrayar la esterilidad de Ana, las oraciones de los piadosos esposos, la larga espera, la ausencia del marido, las revelaciones de los ángeles a uno y otra, el encuentro de Joaquín y Ana junto a la Puerta Dorada de Jerusalén, escena inmortalizada por uno de los frescos de Giotto. Los relatos apócrifos narran también el nacimiento de María, los cuidados que le ofrecieron sus padres, así como la dedicación al servicio del templo de aquella niña que sube decidida los quince escalones del lugar santo. Todos estos pasajes constituyen otros tantos motivos iconográficos, representados con mucha frecuencia por la pintura y la escultura.

El culto a Santa Ana, presunta abuela de Jesús, se introdujo ya en la Iglesia oriental en el siglo VI, y pasó a la occidental en el siglo X. El culto a San Joaquín es más reciente. [...]

La conmemoración de los santos Joaquín y Ana es una buena ocasión para recordar las raíces humanas de Jesús. En él, Dios se ha emparentado con la estirpe humana. El relato evangélico que se proclama en este día evoca las palabras con las que Jesús declara dichosos a sus contemporáneos por haber tenido la suerte de ver y oír lo que habían anhelado los profetas y los justos de otros tiempos.

Por otra parte, la imagen habitual de Santa Ana, acompañando a María y al pequeño Jesús, refleja, también para un tiempo de desentendimiento e individualismo, la necesaria relación y comprensión entre las generaciones. El texto del libro del Eclesiástico (41, 1.10-15), que hoy se lee en la celebración eucarística, nos invita a hacer revivir en gratitud la memoria de los antepasados. No es extraño que esta fecha evoque con frecuencia entre los cristianos la presencia de los abuelos y la responsabilidad ética de ofrecer la necesaria atención integral a los ancianos.

José-Román Flecha Andrés